

LA HOJA DEL PUEBLO

Órgano del Partido Democrático Costarricense.

PERIODICO POLITICO Y DE VARIEDADES.

REDACTOR Y ADMINISTRADOR, JUAN CORONEL.

ADMINISTRACION GENERAL.
Calle 28, Número 47 Norte.

SAN JOSÉ, MARTES 6 DE JUNIO DE 1893.

"LA HOJA DEL PUEBLO."
Se publica los días Martes, Jueves y Sábado.

Condiciones de publicación.

La suscripción importa en esta República al mes y adelantado.... \$ 1.00 cts.
El número suelto vale..... " 0.10 "
Los avisos, por cada centímetro cuadrado, una sola vez..... " 0.01 "
Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado... " 0.01½ "
Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 10 %.
Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán á razón de..... " 0.25 "
Los comunicados de interés general se publicarán gratis. Los de interés particular á precios convencionales, siempre que los unos y los otros estén escritos en términos cultos y convenientes.
El Editor no es responsable por los comunicados que se reciben en esta capital en la Administración General, y en las otras provincias los Agentes recibirán las suscripciones.

CALENDARIO.

JUNIO.

ESTE MES TIENE 30 DIAS.

Mar. 6.—San Norberto, obispo, santa Paulina, mártir, san Amancio, mártir.
Miér. 7.—San Pedro y san Pablo, mártires.

"LA HOJA DEL PUEBLO."

Acta.

"En el salón del Hotel de Europa, á las once del día 5 de Junio, hallándose reunidos los señores don Pío Víquez, General don Domingo Buendía, y señor don Alfredo Greñas, los señores Buendía y Greñas manifestaron al señor Víquez, previa carta de introducción del señor don Juan Coronel, lo siguiente:

Que juzgando el señor Coronel desleal el ataque que el señor Víquez le había hecho ayer en la tarde por la espalda, lo citaba á un duelo leal, frente á frente. El señor Víquez manifestó que rehusaba batirse, pues

no juzgaba que en lo acaecido había motivo para un duelo, y expresó que no es exacto que haya atacado al señor Coronel por la espalda.

PIO VIQUEZ.

DOMINGO BUENDIA.

ALFREDO GREÑAS."

Habiendo presenciado muchas personas el acontecimiento del domingo, doy por terminado el asunto.

JUAN CORONEL.

REPRODUCCION.

LA PRENSA PERIODICA.

Entre los diversos elementos de la vida moderna, es el periodismo uno de los más importantes. Difícil sería calcular, ni siquiera de una manera aproximada, la influencia social de esa hoja diaria que llama á todas las puertas, que habla á todos los entendimientos, que aumenta la solidaridad entre todos los hombres, y que á un tiempo mismo dirige la opinión y es por la opinión dirigida. No hay rincón, por apartado que esté, á donde el periódico no llegue; las ideas que, por decirlo así, van como disueltas en él, semejanse á la nieve, que lo mismo cubre con sus copos los valles que las ondonadas. Posible fué en otro tiempo, poner barreras al libro, y aún someterle á las mismas leyes que se emplean para dificultar en los pueblos atrasados la entrada de los productos extranjeros; mas la pretensión de atajar el vuelo de la prensa periódica sería tan difícil tarea como el intento de poner puertas al Océano. La idea que en otro tiempo brotaba del cerebro del sabio, tardaba largos años, y á veces hasta siglos, en descender de las inteligencias privilegiadas hasta los entendimientos vulgares. Los inventos de todo género caminaban con tanta lentitud, que aun hoy mismo pasan como novedades, descubrimientos kechós y teorías expuestas ya en edades remotas. Sin

salir de España existen en las obras de Pereira, Gracián, Huarte, Simón Abril y otros esclarecidos ingenios, verdaderas adivinaciones que han yacido durante siglos como momificaciones en los infolios de las bibliotecas; faltóles á aquellos escritores el medio de difusión que nosotros poseemos, el periódico que es al libro lo que fué la imprenta con relación al manuscrito.

Mas la acción del periódico no es sólo de arriba á abajo; su principal fuerza depende de ser, por decirlo así, el órgano vocal de las muchedumbres. Antes la multitud no tenía más poder que el ciego poder del número: era un monstruo enorme que rugía alguna vez, que se enroscaba como las olas del mar, que destruía como el huracán, pero que carecía de palabra. En los tiempos modernos ha adquirido el don poderoso y terrible, habla. El periódico es su voz, y merced á ella discute, afirma, niega, interviene en todos los asuntos, acepta ó recusa los jueces, ensalza ó deprime, levanta ó abate, y sus asertos son en suma veredicto justo ó injusto, pero siempre inapelable. ¿Qué valen el jurado, el sufragio, el derecho de manifestación y todos los demás derechos al lado de la fuerza inmensa que el periódico supone? La prensa, á semejanza de los antiguos tribunos de Roma respecto del Senado, ejerce su misión fiscalizadora enfrente de todas las manifestaciones de la vida moderna. Si alguna de estas manifestaciones va en contra de la muchedumbre, el periódico recorrerá las calles y las plazas y alborotará á la multitud. Si por ventura se vende al poderoso, hay que desconfiar de su venta: en este punto es como ciertas mujeres, podrán ofrecerse al comprador, pero sólo se dan al amante, y el amante de la prensa es el público.

**

Próximo está todavía el tiempo en que era el periódico órgano de una agrupación. Su misión consistía en defender determinados ideales y en combatir á sangre y fuego los contrarios. Para ello se tergiversaban los hechos y se desfiguraban las más evidentes verdades. Por mejor era tenido aquel que con más pasión y con mayor saña combatía al enemigo. El periodista acudía entonces al famoso estadio de la prensa, armado de todas ar-

mas, á luchar por una idea política, como los antiguos paladines por su dama. La prensa era entonces una tribuna y el periodista un orador que escribía. A discursos nos suenan, en efecto, aquellos largos artículos de fondo, de clamadores, atestados de frases sonoras y de apóstrofes apasionados y hasta delirantes. Parece todavía, al leerlos, que escuchamos las arengas de un club. El periodista no era entonces, como lo es ahora, oscuro obrero, especie de artesano de la literatura, dispuesto á ofrecer su pluma á cambio de salario en cualquier periódico, como el trabajador sus brazos en cualquier fábrica; era el sectario convencido, decidido á ir desde la redacción á la barricada; escribía no por oficio, sino por entusiasmo; combatía no por la vida sino por la gloria.

En las antiguas publicaciones, todo lo absorbía la política, y si de otras cosas se ocupaban, todo ello estaba supeditado á la absorbente y tiránica deidad. Lo que ahora se llama información no existía más que de una manera embrionaria; lo puramente literario ó científico quedaba relegado á las publicaciones ilustradas ó á las revistas, y sólo de tarde y como por caridad, se daba albergue en las columnas de los diarios á los elementos extraños á la política. Consecuencia era de este carácter exclusivo de los periódicos la evolución por que han pasado durante la primera mitad del siglo casi todas las naciones de Europa, más ó menos influidas por las consecuencias de la revolución francesa. Los pueblos europeos ofrecían el aspecto de un campo de batalla en que todos los hombres luchaban por conseguir una nueva organización política ó por la defensa de las antiguas instituciones; y el industrial y el literato, el sacerdote y el seglar, el soldado y el hombre civil, el vulgo y las clases elevadas, luchaban y reluchaban sin descanso, agitados por la misma violenta pasión, que en todos los combatientes tomaba el carácter del más exaltado fanatismo.

Hoy existen periódicos vaciados en los antiguos moldes, órganos de los partidos, que con menos fe pero que siempre con carácter exclusivo, viven consagrados á la defensa de sus respectivos ideales. Su influencia es muy escasa, y su filiación, cualquiera que ella sea, basta para que el público los mire con desdén, ó por lo menos con indife-

rencia. Esto depende de que la sociedad presente tiene ya conquistado el grado político propio de nuestro siglo: las diversas formas de gobierno á nadie apasionan, puesto que en rigor son algo accidental y efímero. La democracia, que ha sido la aspiración de los tiempos modernos, ha triunfado en toda la línea; ¿quién ha de preocuparse en conquistar lo que ya posee? Por su parte, los elementos que le son adversos se consideran impotentes para luchar con ella. Las pasiones se han calmado, y la actividad social, concentrada antes en un solo punto, extiende cada vez más su esfera de acción. La democracia ha dejado de ser una aspiración política para convertirse en un movimiento universal. Son democráticos el arte, la ciencia, las costumbres, y si no en absoluto, por lo menos para el público, es axiomática la frase igualitaria de *no hay clases*. De aquí esa tendencia á criticarlo, ó más bien á censurarlo todo. Merced á la semicultura propia de nuestros tiempos, nos creemos autorizados á tener opinión aun en las cuestiones más complicadas y difíciles; el que más y el que menos arregla á su modo, todas las tardes después de almorzar, ante la mesa del café, la marcha de los negocios públicos, truenan contra tal ó cual obra artística, y echa su cuarto á espaldas respecto á las más hondas cuestiones de filosofía. Para alimentar estas aficiones omniscientes, necesita el periódico ser algo así como una enciclopedia, superficial en cuanto á su calidad, pero vastísima en cuanto á su extensión.

Por otra parte, los adelantos modernos de la ciencia han hecho crecer nuestra facultad perceptiva y multiplicado de modo extraordinario las relaciones entre los pueblos y las razas. El telescopio y el microscopio han aumentado de tal modo la potencia de nuestra vista, que nuestro ojo puede abismarse en las profundidades de lo infinitamente grande y en las entrañas prodigiosas de lo infinitamente pequeño: nuestro oído, con el auxilio de la electricidad, percibe la voz humana á grandes distancias, y nuestro pensamiento se pone en fácil é instantánea comunicación con el pensamiento de los demás hombres. Los montes no son ya murallas infranqueables ni fosos insalvables los mares, y bien puede decirse con verdad absoluta que ha desaparecido de nación á nación y de gente á gente, y de raza á raza, todo aislamiento y toda solución de continuidad. De este aumento de facultades, de esta mayor suma de actividad y de esta multiplicación de relaciones proviene, como no podía menos de acontecer, un desarrollo inmenso de sensaciones, de ideas y de anhelos.

Esta nueva fase de la vida social, por fuerza había de producir un cambio radical en el carácter del periódico moderno, el cual aspira á ser la crónica sincrética de cada día, algo semejante á un fonógrafo que diese minuciosa y detenida cuenta de cuanto acontece en el período de cada veinticuatro horas. Ved cualquiera de los periódicos importantes de Europa ó de América; en él palpita la vida de la humanidad; os habla de todo: de los arduos problemas de gobierno y del

hecho insignificante ocurrido en la vía pública; os refiere el acontecimiento que pocas horas antes ha sembrado el espanto entre vuestros antípodas, y os relata el suceso de que acaba de ser testigo la casa vecina. En él está la palabra elocuente del tribuno y el engañoso reclamo del charlatán, la página conmovedora que llena de lágrimas vuestros ojos y el regocijado cuento que os hace reír á carcajadas, el cruel epigrama y el entusiasta ditirambo, lo grande y lo pequeño, lo vulgar y lo sublime, lo noble y lo menguado, lo grave y lo ligero, lo que hiere y lo que consuela; lo que destruye y lo que edifica.

(Concluirá.)

MISCELANEA.

FELICITAMOS á nuestro amigo don Alfredo Greñas por el honroso recuerdo que en su patria se ha hecho de él.

El Tren, semanario ilustrado de Bogotá que ha empezado á engalanar sus columnas con retratos de don Santiago Pérez, don Salvador Camacho Roldán y el célebre *Emiro Kastos* (Juan de Dios Restrepo), publica en el número correspondiente á la primera semana del mes próximo pasado, el del referido señor Greñas, con muy justicieras frases acerca de su carácter y servicios al país.

Gratas deben ser al señor Greñas las manifestaciones de simpatía del periodismo de su patria, pero de seguro lo son más las de publicaciones como *El Tren*, pues el director de ese periódico militó en filas contrarias á las del señor Greñas, y hoy reconociendo las condiciones y el carácter de éste y los servicios que ha prestado á Colombia en el desarrollo de las artes, es uno de los más enérgicos en reprobación la proscricción á que se le ha condenado.

HUMANITARIA acción es la ejecutada por el señor doctor Eduardo Pinto, dedicándose á atender con rigurosa asiduidad un individuo venezolano atacado de fiebre amarilla. La asistencia del doctor Pinto al paciente fué esmeradísima, median-do la circunstancia de que se ignoraba poseyera éste recursos con que efectuar el pago de los honorarios del Médico.

Actos como ese, que demuestran sentimientos humanitarios acendradísimos, honran á la persona que los ejecuta y por él felicitamos sinceramente al doctor Pinto.

POR DECRETO Ejecutivo, y con el objeto de fomentar en lo posible el desarrollo de la industria azucarera, se exime de derechos la introducción de la maquinaria destinada al efecto.

LITERATURA.

POEMA EN PROSA.

Todo esto aconteció en los tiempos paradisiacos, cuando el hombre nuevo y provisto aún de todas sus costillas, paseaba la desnudez de su inocencia solitaria por entre las bestias sometidas al menor de sus caprichos, y las flores se inclinaban por sí solas, como palmás, ante sus pasos triunfantes. La eterna primavera mecía sus incensarios en el cielo sin nubes, y el de los arroyos misteriosamente templados, se fundía en una maravillosa sinfonía, todas las beatitudes de la paz flotaban en el aire bajo las doradas caricias del sol y los ríos de azul se fundían en océanos de luz para regocijar la mirada y encantar el pensamiento. Cargados al mismo tiempo de flores y de frutos los manzanos, de los cuales pendían nuestros futuros destinos, parecían de nieve salpicada con carmín. Aun en pleno día, el éter trasparente traicionaba al orden admirable de las constelaciones colgadas del firmamento como nidos, de los cuales pronto volarían pájaros de luz. Al mecerse siguiendo un suavísimo ritmo, los juncos mantenían en el espacio una voluptuosa frescura; todo era armonía, música, perfume en ese sueño de Dios, súbitamente realizado por su omnipotencia.

Pero Adán se fastidiaba profundamente porque estaba solo, y su alma se llenaba de amargura ante los animales que, por enamoradas parejas, atravesaban los aires ó las llanuras, ó se perdían en la espesura de las sombras. De modo que no pudo retener su queja y la exhaló como sigue, con el rostro vuelto hacia el oriente:

—Señor, ¿por qué haberme hecho la más bella y perfecta de tus criaturas para no darme compañera como á todos los demás seres que me rodean y que son infinitamente más felices que yo?

El Señor le respondió:

Para dejarte el derecho de elegirla por tí mismo en las especies á quienes mandas como soberano dueño. Pero cuida, sin embargo, de probar el carácter de tu futura compañera antes de comprometer tu libertad; pues entre vosotros la alianza será definitiva é indisoluble.

—Gracias por la advertencia, Señor, dijo Adán volviéndose al Occidente.

Por allí cerca pasaba una leona junto á la cual caminaba un magnífico león. Adán hizo señas á éste para que se alejara y la bestia obedeció con un melancólico rugido. Entonces Adán llamó la leona junto á él y comenzó á contemplarla con admiración. Era soberbia efectivamente en la tranquila majestad de su postura, y con las orejas pequeñas y derechas y con las patas delanteras colocadas una sobre otra. El le acarició la cabeza y el animal volvió hacia él su noble semblante con infinito reconocimiento en la mirada.

Entonces principió Adán á contemplar sus ojos, sus ojos profundos y como llenos de chispas, sus ojos misteriosos, amarillos, jaspeados de negro, y el poder de éstos fué tal que se sintió

coagido de la modorra invencible del sueño. Todas las imágenes se borraron bajo su frente y todos sus pensamientos se desvanecieron como humaredas.

¿Cuánto duró aquel sueño? Jamás lo supo; pero fué despertado por una dolorosa sensación de calor en el costado izquierdo. Al abrir los párpados, vió la leona que á fuerza de lamerle el corazón, lo había casi descubierto y paseaba deliciosamente su rosada lengua sobre el gastado cutis donde se veía como un rocío de sangre.

El estremecimiento voluptuoso de sus narices, la expresión feroz de la mirada fija en la herida ya pronta á abrirse como una lámina de acero, todo traicionaba en ella los crueles apetitos de la bestia de presa, de la comedora de carne. Con un gesto todo poderoso interrumpió Adán su mortal caricia, y el animal domado se dirigió lentamente hacia las rocas donde la esperaba su compañero, relamiéndose con no sé qué expresión de deseo no satisfecho.

—¿Qué consejo me habéis dado, Señor! exclamó Adán.

—Una palabra, replicó el Señor. ¿Por qué no elegiste mejor?

Con el costado dolorido aún, Adán se internó en el bosque.

Pronto llegó á la orilla de un arroyo cuya agua llena de frescura debía curar inmediatamente el ardor de su herida. Apenas había tenido tiempo para humedecerla, cuando vió en la profundidad del follaje, un ciervo y su compañera que pacían la misma rama, nariz con nariz y en la intimidad más estrecha. Llamó á la cierva que se dirigió hacia él saltando con coquetería y mirándole con sus grandes ojos negros llenos de sorpresa. Nada más gracioso; se hubiera podido hacer flautas para cantar el amor con sus cuatro patas delicadas y derechas. Su pelo tenía las ondulaciones de tonos rubios y rojos y de una cabellera, con deliciosos reflejos grises en los lomos. Pero en lo que toca á los colores, por más que haya dicho Henri Reynald en su correspondencia póstuma, no hay poesía sin el gris. Adán muy pronto encantado por los modales afectuosos de esta persona, y, para hacerle su corte, le pidió permiso para dejarla un momento con el objeto de ir á recogerle, á cierta distancia, alguna yerba que ella había confesado le gustaba mucho.

Pero cuando volvió con su ramo comestible, la cierva ya no estaba. Buscándola con la mirada la divisó triscando un poco más lejos, con algunos señores de su especie y haciéndoles una cantidad de bromas inconvenientes. Indignado y entristecido á la vez, nuestro padre común volvió hacia el arroyo para contemplarse en el espejo de las aguas y asegurarse de que, sin embargo, era mejor de cara que sus indignos rivales.

Al salir del bosque, se olvidó vivamente de su mal humor, por la inefable alegría que revelaba el espectáculo imprevisto que se presentó á su vista. En un claro, en medio del tupido césped una joven osa bailaba con sus patas traseras haciendo crujir sus mandíbulas y mecendo su larga cabeza. Estaba vestida de terciopelo negro

Al punto acudió á Adán el pensamiento de que la sociedad de semejantes criaturas distraería ciertamente su implacable melancolía. ¿Qué cosa quería después de todo? No estar más solo. ¿Y qué mejor compañía que la que nos divierte? Se acercó á la bailarina y le dirigió un delicado cumplido. Esta le contestó con una ineptia descomunal, pero dicha con el tono más alegre, pues en aquel tiempo feliz, todos los animales comprendían su mutuo lenguaje y el hombre entendía á maravilla todos sus diferentes idiomas. Completamente entusiasmado, sacó Adán una lira de debajo el brazo, y comenzó un himno en honor de su bien amada. Pero entonces la osa en vez de sentir la inefable poesía de esa oda, hizo un montón de mimos estúpidos bailando descompasadamente, insensatas gavotas con los nobles ritmos de aquella música. Furioso al fin de tanta estupidez, Adán rompió su lira, y plantando allí al animal sorprendido, pero siempre triunfante de idiotismo.

—¡Señor! exclamó: os habéis mofado de mí!

—¿Qué más quieres, aún, criatura? respondió el Señor.

—Quiero una compañera mía, como la tienen todos los animales.

—Está bien. Pero te arrepentirás de no haberme dejado tranquilo.

Cuando un instante más tarde despertó Adán del súbito anonadamiento bajo el cual se había sentido vencido, la mujer estaba junto á él, radiante como una aurora al través de la sombra de su cabellera, con su aureola de luz; con las abrasadoras nieves de su carne, con la encantadora mentira de su sonrisa, con la expresión embriagadora y mortal de sus ojos. Sí, la mujer estaba allí, fuente de todas las gracias, astro viviente que lloran cielos desconocidos, maravilla de las maravillas, deslumbramientos de la mirada. Adán se prosternó en un éxtasis mudo y lleno de reconocimiento.

Sólo más tarde llegó á comprender cómo se había vengado Aquel cuyo eterno reposo había interrumpido, pues encontró en la mujer, más intensa y mil veces más cruel, la paciente ferocidad de la leona, el humor inconstante de la cierva, la insensibilidad de la osa ante la inspiración sublime de su alma. Pero olvidando allí las prevenciones de su Todopoderoso protector, no lo maldijo por tan poco, y continuó viéndola con mayor encanto, porque poseía la belleza, que es el olvido de todos los males de la vida y el inmortal consuelo de los seres encarnados.

ARMANDO SOUVESTRE.

VARIEDADES.

EL TURCO DE LA COMMUNE.

Era un tamborilerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu de Djeudél, y formaba parte de aquel puñado de turcos que se refugiaron en París con el ejército del general Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla

como ave de tormenta, con sus sonajas de hierro y su *derbuka* (tambor árabe,) tan vivaracho, tan inquieto, que las balas no sabían dónde alcanzarle. Mas cuando vino el invierno, aquel pequeño bronce africano, enrojado al fuego de la metralla, no pudo soportar las noches de grandes guardias, la inmovilidad entre la nieve; y una madrugada de Enero recogieronle á orillas del Marne, con los pies helados, yerto de frío. Permaneció mucho tiempo en la ambulancia. Allí le ví por vez primera.

Triste y sufrido como un perro enfermo, el turco miraba en torno suyo con dulces ojos muy abiertos. Cuando e hablaban, se sonreía y mostraba su dentadura. Esto es todo lo que podía hacer, pues nuestra lengua le era desconocida, y á duras penas ha labo el *sabir*, jerga francoargelina, compuesta de provenzal, de italiano y árabe, formada por palabras cambiantes recogidas como conchas en las costas de los mares latinos.

Kadur no tenía más que su *derbuka* para distraerse. De tarde en tarde, cuando se aburría en extremo, se lo llevaban á su cama y le permitían tocarlo, pero no muy fuerte, á causa de los otros enfermos. Entonces su pobre fisonomía obscura, tan deslucida y macilenta con la claridad amarilla y el paisaje de invierno que ascendía de la calle, animábase; gesticulaba, seguía todos los movimientos del ritmo. Ya brillaban sus blancos dientes con una sonrisa feroz, ó bien humedecíanse sus ojos al tañer alguna alborada musulmana, ensanchaba las aberturas de la nariz, y entre el pesado olor de la ambulancia, en medio de redomas y compresas, le parecía ver de nuevo los bosques de Blidah llenos de naranjas, y las moritas saliendo del baño, con blancos velos por antifaz y perfumadas con verbena.

Así trascurrieron dos meses. En estos dos meses París había hecho muchas cosas; pero Kadur no lo sospechaba. Había oído pasar bajo sus ventanas el rebaño de hombres que regresaba rendido de cansancio y desarmado; más tarde, los cañones paseados, rodando desde la mañana á la noche; por último, el bombardeo. A todo esto, no comprendió nada más sino que continuaba la guerra y que iba á poder batirse nuevamente, puesto que estaban curadas sus piernas. A la postré salió, con su tambor á la espalda, en busca de su compañía. No tuvo que buscar por mucho tiempo. Unos federados que pasaban lleváronle consigo al gobierno militar de la plaza. Después de un largo interrogatorio, como no podían sacar de él en limpio otra

cosa sino algunos *bono be ef*, *macache bono*, el General de Dia acabó por darle diez francos y un caballo de ómnibus, y le agregó á su Estado Mayor.

En aquellas escolta de la *Commune* había un poco de todo: charretas rojas, mantos polacos, casacas húngaras, blusas de marinero y oro, terciopelo, lentejuelas, galones. Con su chaquetita azul bordada de amarillo, su turbante y su *derbuka* el turco acabó de completar su mascarada. Contentísimo de verse en tan buena compañía, ebrio por el sol, el cañoneo y el tráfico callejero con aquella batahola de armas y uniformes, y persuadido además de que continuaba la guerra contra Prusia con un no sé qué de más vivo, de más libre, aquel desertor inconciente tomó parte del modo más simplón en la gran batalla parisiense y tuvo una celebridad momentánea. Por todas partes aclamábanle los federales y le festejaban al pasar él; la *Commune* estaba tan orgullosa de poseerle, que hacía ostentación de ello, lo pregonaba, lo llevaba á gñisa de una escarapela. Veinte veces al día le enviaban desde la comandancia de la plaza al ministerio de la guerra, desde el ministerio de la guerra, al Palacio del ayuntamiento. ¡Les habían dicho tantas veces que sus marinos eran simulados y sus artilleros fingidos!... Por lo menos, este era un turco de verdad. Para convenirse de ello bastaba mirar aquella vivacidad pizpireta de mono joven, y todo el salvajismo, de aquel cuerpecillo al agitarse sobre su caballazo con los caracoleos de la *fantasia*.

Sin embargo, para la dicha de Kadur faltaba una cosa. Hubiera querido batirse, hacer hablar á la pólvora. Por desgracia, con la *Commune*, como con el Imperio, los del Estado Mayor no solían entrar á menudo en fuego. Fuego fuera del servicio de parques y de las paradas, el pobre turco pasaba el tiempo en la plaza de Vendome ó en los patios del Ministerio de Guerra en medio de aquellos campamentos desordenados, llenos de barriles de aguardiente siempre en cata, de toneladas de tocino con las tapas quitadas, francachelas al aire libre en las cuales conociase aun toda el hambre del sitio. Demasiado buen musulmán Kadur para tomar parte en aquellas reglas, apartábase de ellas, sobrio y tranquilo, hacía sus abluciones en un rincón, hacía su *alcuseús* con un puñado de cémola; luego, después de tocar un ratito su *derbuka*, se arropaba en su alquicel y se dormía sobre unas gradas de piedra al calor de las fogatas del vivac.

Al amanecer de un día del mes de Mayo, despertó al turco un ho-

rroroso fuego de fusilería. El Ministerio era presa del pánico: todo mundo echaba á correr, huyendo. Maquinalmente hizo como los demás, montó á caballo y siguió al Estado Mayor. Las calles estaban llenas de cornetas despavoridos, de batallones á la desbandada. Estaban desempedrando y haciendo barricadas. Es evidente que ocurría algo extraordinario....

Conforme se iban acercando al muelle, la fusilería era más perceptible y mayor el tumulto. En el puente de la Concordia, Kadur perdió de vista al Estado Mayor. Un poco más lejos le quitaron su caballo: era para un individuo de kepis con ocho galones, á quien apremiaba mucho ver lo que ocurría en el palacio de Ayuntamiento. Furioso el turco, echó á correr con dirección al sitio del combate. Mientras corría iba armando su fusil "Chassepot" y diciendo entre dientes: *Macache, bono, Brusian*... pues para él eran los prusianos quienes acababan de entrar. Silbaban ya las balas en torno del obelisco, entre el follaje de las Tullerías. En la barricada de la calle de Rive-Neuf, "vengadores de Flourens" le llamaron:— ¡Eh, turco, turco! Eran solo una docena; pero Kadur valía por todo un ejército.

De pie en lo alto de la barricada, altivo y chillón como una pantera, batíase dando saltos y gritos, bajo una granizada de metralla. Por un instante, entre dos descargas de cañón, recorrióse un poco la cortina de humo que subía de la tierra y le permitió ver en los Campos Eliseos masas de tropas con pantalones rojos. En seguida todo volvió á presentarse confuso. Creyó haberse engañado, y siguió haciendo disparos á más y mejor con su fusil.

De repente la barricada se quedó en silencio. El último artillero acababa de huir de ella soltando su postrer disparo. El turco, por su parte, no se meneó. Agazapado y pronto á saltar caló bayoneta y se puso á la espera de los cascos puntiagudos. — ¡La infantería de línea fué quien llegó!... Entre el sordo ruido del paso de carga gritaban los oficiales:

—¡Ríndete!

El turco tuvo un minuto de estupor, y luego dió un brinco, con el fusil al aire:

—*Bono, bono, Franceses!*....

En su inteligencia de salvaje, figurábase vagamente que aquel era el ejército libertador, el del General Faidherbe ó del General Chanzy, á quienes de tan largo tiempo atrás esperaban los parisienses. ¡Qué feliz era y cómo se reía á carcajadas, enseñándoles toda su blanca dentadura!... En un abrir y cerrar de ojos tomaron la barricada. Rodeáronle á empellones.

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. Y el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared ¡pum!

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

ALFONSO DAUDET.

Dr. C. Caycedo

MEDICO Y CIRUJANO.

Como siempre está á la disposición de su numerosa clientela en la Botica

"LA VIOLETA."



FRENTE A LA MARINA.

**BUENO, BARATO.
SIEMPRE AL CONTADO:**

Manteca frita,
Cerveza San Luis,
Cognac varias marcas,

Apollinaris,
Candelas esteáricas,
Whiskey n° 8,

Arroz, Almidón.

VARIADO SURTIDO DE VINOS Y LICORES.

VINO de RIOJA, garantizado puro, á 50 centavos botella; sin casco
10, 11.92.— A. L. ODIO.

PÍLDORAS DE VIDA

DEL DOCTOR ROSS.

Para las jaquecas,

Para el hígado,

PARA TODAS LAS AFECCIONES BILIOSAS,

PARA MALES DE ESTOMAGO.

Para todas las formas de DISPEPSIA

Y PARA TODAS

las impurezas de la sangre,

DOSIS DE 1 Á 4 PÍLDORAS.

40 píldoras en cada frasco.

VENTA EN TODAS LAS BOTICAS.

AGENTE GENERAL EN COSTA RICA,

A. L. Odio.

Frente á "La Marina."

18, 11, 92.



de ropa hecha de varias clases en el Almacén de

C. CERTAIN.

Calle de la Merced á 50 varas del Banco de Costa Rica.
San José, 15 de Mayo de 1893.

10-9

IMPRESA

DE

"LA HOJA DEL PUEBLO."

Cuenta con los elementos necesarios para atender á las órdenes del público en todo lo concerniente al arte tipográfico.

JEFE DEL ESTABLECIMIENTO, IGNACIO TAVERA T.

Los precios, serán además tan módicos, como en ningún establecimiento de su clase.—Calle 23, N° 47 Norte.

La Venus.

5ª AVENIDA, OESTE, N° 301.

A precios sin competencia en esta plaza, se venden relojes, anillos, revólveres, leontinas, prendedores, cadenas y toda clase de alhajas.

ROPA DE SEGUNDA MANO,

en buen estado, casi regalada. Rebozos y pañolones de seda sumamente baratos. Dinero á interés sobre prendas, desde 25 centavos hasta mil pesos, á un interés módico.

Servicio esmerado,

SECRETO ABSOLUTO É INTERÉS MODERADO.

En el mismo establecimiento se realizan abarrotes, conservas y comestibles; todo de lo mejor y más exquisito que se importa á este mercado.

Tenemos el mejor vino legítimo BORDEAUX garantizada su pureza, á

UN PESO BOTELLA.

En el mismo establecimiento está en venta un piano muy barato.

Jaime J. Ross & Co

TIENEN COSNTANTEMENTE PARA LA VENTA

A precios baratísimos

Manteca de puerco

Harina el "Gallito"

Maíz blanco

Azúcar de varias clases

Escobas, Alpiste

Mantequilla

Arroz CAROLINA

Provisiones en general. Vinos, Cognacs y Whiskeys.

LECHE CONDENSADA, CERVEZA ESTRELLA y LEONA.

Almacén Americano

Establecido en 1869.

Importadores de mercaderías en general, especialmente en el ramo de

FERRETERIA.

MORRELL Y Co.

7ª Avenida, frente al Parque Central.

Tip. "LA HOJA DEL PUEBLO."